

Leer a Ionesco en el siglo XXI

Elena Poniatowska

Nacido en noviembre de 1909 en Slatina, Rumania, el escritor Eugenio Ionesco adoptó la lengua francesa para crear una serie de piezas dramáticas que desde un primer momento provocaron grandes rechazos y entusiastas adhesiones. Figura principalísima del “teatro del absurdo”, el autor concedió en 1962, en París, una entrevista a Elena Poniatowska que aquí rescatamos.

Han pasado 22 años de la muerte del rumano Eugenio Ionesco y la sociedad actual se parece cada vez más a un escenario repleto de rinocerontes que él imaginó.

Nacido en Rumania en 1909, Eugenio Ionesco es sin lugar a dudas el creador del teatro de vanguardia. *La cantante calva*, *Las sillas*, *La lección*, *El nuevo inquilino* y *El rinoceronte* recorren el mundo. De escenario en escenario, Alemania, Inglaterra, Yugoslavia, Holanda, Francia, Estados Unidos, Japón, Polonia, Suiza, Brasil, Argentina, México, Italia, Finlandia, Escandinavia, los espectadores ríen a carcajadas... Bueno, no todos; algunos, irritados, abandonan su butaca: “De nosotros no se burla nadie”. Cuando vio *La cantante calva*, mi madre recordó que después de cenar mi padre y ella decían exactamente lo mismo que la pareja en el escenario: “Hoy, los ejotes se cocieron demasiado”.

Las obras de Ionesco no caen en el vacío: seducen o repelen pero jamás dejan indiferentes. Orson Welles las repudió porque, según él, Ionesco le dio la espalda a la política. Kenneth Tynan en *The Observer* rebatió el “culto a Ionesco”, alegando que sólo se dirigía a unos cuantos robots solitarios y que su teatro estaba al margen del teatro del mundo (el grande, el verdadero). Philip Toynbee se indignó porque Ionesco llamó a Sartre, Osborne,

Miller y Brecht “los nuevos autores del teatro de boulevard, ya que representan un conformismo de izquierda tan lamentable como el de derecha. No ofrecen nada que no se haya dicho en discursos políticos”. Airados, muchos críticos le respondieron que su teatro era la desintegración total; que él no sólo estaba en contra del realismo sino de la realidad misma, que sus parlamentos no tenían sentido y que la comunicación entre los hombres —según él— era imposible. ¡Gorki, Chéjov, Arthur Miller, Brecht, Sean O’Casey, Osborne, Sartre, Tennessee Williams, ellos sí expresaban la vida humana con términos en los que todos podemos reconocernos!

Pude entrevistar a Ionesco en París gracias a la rumana Lizica Codreanu, amiga de mi tía Bichette, quien lo persuadió de recibir en su casa a una “petite mexicaine”. Cuando le dije mi nombre, preguntó: “¡Ah! ¿Ahora los mexicanos tienen apellidos polacos?”. Esto fue en septiembre de 1962 y lo entrevisté para el periódico *Novedades*. Su departamento en la calle de Rivoli, en un edificio de aspecto modesto, parecía un decorado de teatro. En la acera un café con mesas era atendido por una mesera gorda y desgredada —los puños en la cintura—, quien le preguntaba al cliente escondido tras su periódico: “¿Qué quiere? No voy a contemplarlo

todo el día”. ¡Parecía obra de Ionesco! Las cuatro habitaciones que formaban su piso tenían muebles anticuados, sillones forrados de seda violeta, un taburete a rayas amarillas y violetas, floreritos y esquineros más bien feos, y encima de todo ello cuadros de Poliakov, Chagall, Derain, el belga Bram van Velde. Para ir a su estudio, Ionesco me hizo atravesar una recámara donde vi sus pantuflas en el piso. También su escritorio presentaba un amontonamiento de hojas, libros, recortes y cuadernos mezclados con unos rinocerontitos de peluche y de hueso que sus admiradores le regalaban. Arriba, en los estantes, Platón, Kant, Jaspers, Sainte-Beuve, Ernst Jünger, Hölderlin, Heidegger, Kierkegaard, Pasternak, Teilhard de Chardin y hasta Nabokov con su *Lolita* miraban el desorden ionescano con filosofía...

—Señor Ionesco, ¿está usted en contra de las ideologías?

—Yo sólo sé que se ha matado en nombre de Dios, de la Justicia, de la Patria, del Orden, de la Gloria. Son los salvadores de la humanidad los que fundaron las inquisiciones, los que inventaron los campos de concentración, los que construyeron los hornos crematorios, los que establecieron las tiranías y son los guardianes de la sociedad los que hicieron las cárceles. A mí me parece que las cárceles nacieron antes que los crímenes.

—Señor Ionesco, la revolución es siempre de izquierda. Sin embargo, usted que ha revolucionado el teatro, nunca se ha considerado de izquierda. ¿Cómo me puede explicar eso?

—Mire usted, hay que ir más allá de la política; adelantarse. Esa es la revolución indispensable. Revolución del espíritu. Hoy los espíritus están encadenados a dogmas mentales que los aplastan. La única revolución que vale es poner a la revolución en entredicho y volver a plantearla. Hoy, como en la época del nazismo, surge el mismo culto a la personalidad, el mismo aliento de profeta, la misma infalibilidad del revolucionario que se cree un santo y sobre todo la misma histeria colectiva. Cada vez que veo a un líder de masas, desconfío y espero las consecuencias. Cuando veo a un “buen apóstol” huyo como si viera a un demente armado con un puñal.

—¿Sólo huye? ¿No toma partido?

—Tomo partido contra todos los partidos y en contra de aquellos que no tienen partido.

—Pero ¿no está usted ni con unos ni con otros! En nuestra época todos toman partido. Hay que participar en lo que pasa en el mundo ¿o usted no se siente partícipe?

—Rechazar ser partícipe es una forma de participar. Al tomar en cuenta las cosas y al rehusarlas, participo. Esto prueba que estas cosas existen para mí, dolorosamente...

—Señor Ionesco, ¿cree usted en los héroes? ¿Tiene usted algún héroe?

—¡Ninguno! O más bien tengo uno. El que se atreve a pensar distinto a los demás y se atreve a quedarse solo.

—¿Y usted está solo?

—Hay varias maneras de estarlo.

—Pero ¿usted es el que está solo en medio de los rinocerontes que hacen todos lo mismo?

—No, no es eso. La soledad no quiere decir que uno esté separado de los demás. Los pensamientos en común, las acciones en común, las diferentes ideologías comunitarias no engendran sino la camaradería, el compañerismo. La camaradería no es ni amor; ni siquiera amistad. La camaradería es la soledad de varios que caminan el uno junto al otro.

—¿Y qué es el amor, la amistad? Saint-Exupéry dijo alguna vez que el amor era mirar juntos en la misma dirección.

—El amor tiene un grado más alto que la amistad. La amistad es también una forma de amor pero la camaradería no le llega ni a los tobillos.

—Entonces nosotros, los camaradas, los compañeros, ¿somos rinocerontes?

—¿Usted se considera rinoceronte, Mademoiselle Poniatowska?

—Sí, puesto que camino con los demás.

Se hace un silencio y Ionesco aguarda:

—Oiga, señor Ionesco, ¿y por qué es usted reaccionario?

Ionesco me mira con súbito interés.

—No creo serlo. Me he dado cuenta de que, así como en París, la gente se odia porque se odia a sí misma a través de los demás.

—¿Usted se odia?

—No.

—Al decir que la gente se odia, ¿piensa usted en las guerras?

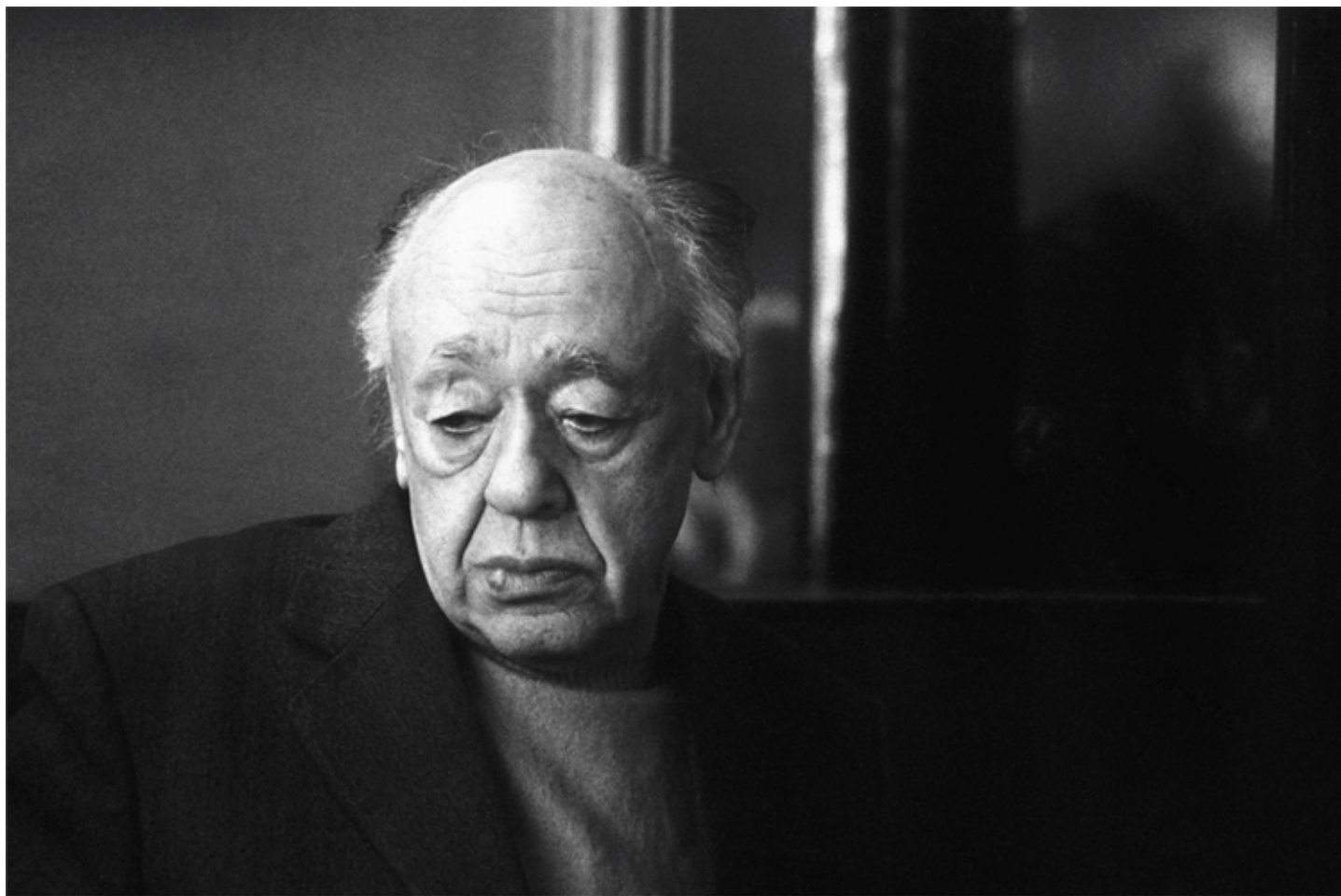
—Sí. En el mundo no hay más que conflictos y las guerras son los conflictos más espectaculares. El odio es permanente. Cuando se dice que las guerras y las revoluciones son conflictos de clase es falso. Los hombres se baten entre sí no sólo por conflictos económicos o políticos sino porque el hombre se odia a sí mismo y proyecta ese odio en el otro, en su esposa, en su amante. Los conflictos colectivos sólo subliman y canalizan esta autodetestación.

—Hoy que tanto se predica la justicia social, el amor al prójimo, las condiciones de vida de las mayorías...

—Siempre está uno en conflicto consigo mismo. ¿O está usted muy satisfecha de sí misma? Los hombres detestan su propia condición de hombre aunque no siempre saben que se detestan.

—Señor Ionesco ¿cree usted que la “rinocerontitis” es una enfermedad?

—En *Le Monde*, en 1960, me hicieron la misma pregunta cuando salió *El rinoceronte*. Siempre me ha impresionado, a lo largo de mi vida, lo que puede llamarse



Eugenio Ionesco

“la opinión pública” y su rápida evolución, su contagio, una verdadera epidemia. De pronto, la gente se deja invadir por una nueva religión, una nueva doctrina, un nuevo fanatismo. He presenciado verdaderas mutaciones mentales. Cuando la gente ya no comparte la misma opinión, se convierten en rinocerontes que fácilmente te matarían por no pensar igual que ellos.

—¿Usted sintió que lo querían matar?

—No, porque los rinocerontes son cándidos y feroces a la vez. Y la historia nos ha demostrado en el curso de este último cuarto de siglo que las personas no sólo parecen rinocerontes sino que lo son. Para mí, es muy posible que algunas conciencias individuales representen la verdad en contra de eso que llamamos la historia. Son siempre algunas conciencias aisladas las que representan ante el mundo la conciencia universal. Los mismos revolucionarios han estado, al principio, aislados al grado de no saber si tenían o no razón... Pero usted me pregunta de política y yo no soy político, ¿por qué no me pregunta de literatura?

—Bueno, ¿cuáles son sus escritores preferidos?

—Antes me gustaba Proust. Ahora me importa Michaux. También me importan obras como la de Kleist, Catherine de Hederbrouder; Weingarten y Dubillard. ¡También me atraen mucho Kafka y Borges!

—Y además de Borges, ¿conoce usted a otro escritor latinoamericano?

—Sí, a Octavio Paz.

—¿Y le gusta?

—Sí, claro. En Francia tenemos muy buenos autores teatrales. Genet, Beckett, Pichette, Vauthier, Schehadé, Audiberti, Ghelderode, Adamov, George Neveux, pero no los coloco en el mismo plano que Kafka y Borges. Esta es sólo una afirmación estratégica.

—¿Y no menciona usted al gran Bertolt Brecht?

—A mí no me gusta Brecht porque es didáctico, ideológico. No es primitivo, es primario. No es sencillo, es simplista. No da en qué pensar. Es un reflejo, la ilustración de una ideología. No enseña nada: reedita. Por otra parte, el personaje brechtiano es plano; no es más que “social”. Le falta dimensión en profundidad, dimensión metafísica. Para mí no es más que un títere. Esto ya lo he dicho hasta por radio...

—¿Y Arthur Miller?

—No. Prefiero a Henry Miller. Como escritor Arthur no aporta nada nuevo.

—Y usted, señor Ionesco, ¿es religioso?

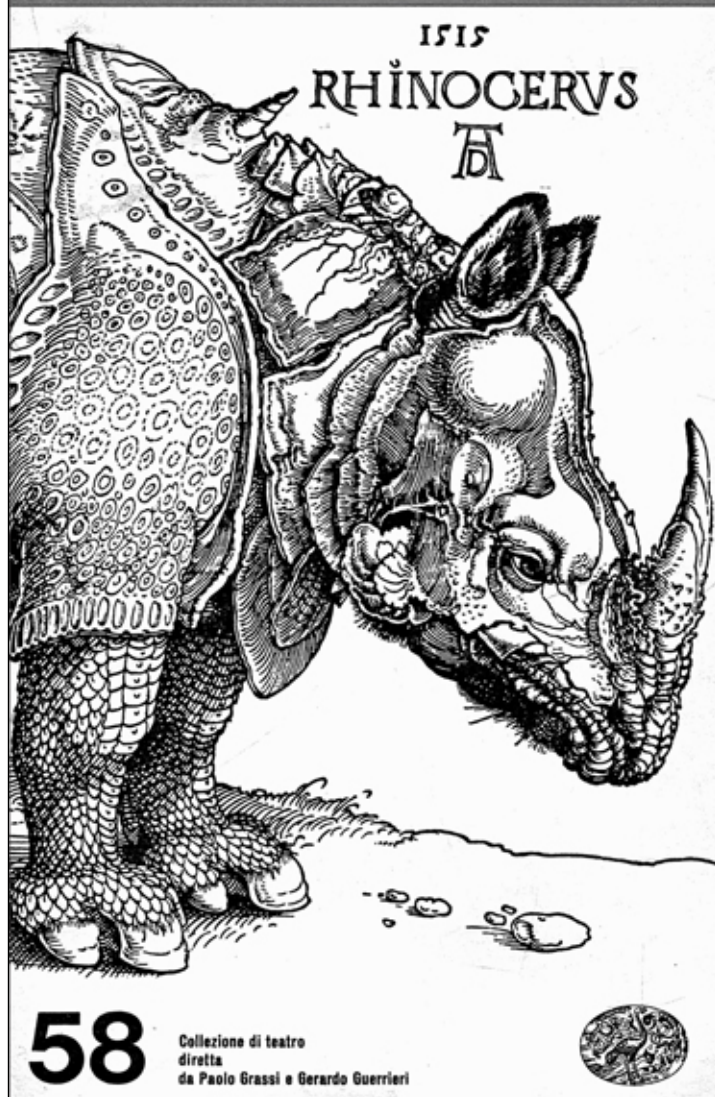
—¡Qué pregunta indiscreta!

—Bueno, de ser religioso, ¿qué religión escogería?

—Sería budista.

—¡Ah, qué bueno! También Octavio Paz me dijo que de ser algo sería budista. ¿Y cuáles son los autores que más odia?

EUGÈNE IONESCO
IL RINOCERONTE



—¡Ah, eso es un secreto! La gente suele creer que uno habla mal de los demás por envidia.

—¿Y usted no siente envidia de nadie?

—Sí. Fui celoso de todos los que lograban escribir porque yo no encontraba la manera de expresarme. Por azar fui a dar al teatro porque lo odiaba. Bueno, en realidad no lo odiaba. Odiaba el teatro literario, parlan-chín, impuro.

—Al hablar de teatro literario, ¿se refiere usted a Giraudoux?

—Entre otros.

—¿A Jean Anouilh?

—De ese no puedo hablar mal porque él habló bien de mí. Pero, sí, es malo. Sabe usted, Kafka me llama mucho la atención. Durante años se alegó que era un escritor reaccionario, que podía dañar la labor constructiva del régimen. Para mí, los que no aman a Kafka es porque no lo comprenden o son ellos los reaccionarios.

—¿Y la izquierda es reaccionaria?

—Claro que puede serlo. Soy de los que piensan que izquierda y derecha no significan nada. Cada vez que el espíritu se cierra, hay reacción. Cada vez que un régimen en el poder se vuelve dictadura y dirigismo, hay reacción. Los sistemas cerrados; las cárceles del espíritu; he aquí la reacción. ¡Diez años es el máximo que puede dársele a un partido revolucionario! Después se transforma en dictadura.

Ionesco, chaparrito, los ojos pequeños, algo verdes, respondió a quienes lo tacharon de reaccionario: “Darles un mensaje a los hombres, querer dirigir el curso del mundo o salvarlo es negocio de los fundadores de religiones, de los moralistas o de los políticos quienes, aquí entre nosotros y entre paréntesis, lo hacen bastante mal, como lo hemos comprobado. Un dramaturgo se limita a escribir obras en las que ofrece un testimonio no un mensaje didáctico; un testimonio personal, afectivo, de su angustia y de la angustia de los demás o, lo que es más raro, de su felicidad. O bien expresa sus sentimientos trágicos o cómicos sobre la vida. Una obra de arte nada tiene que ver con las doctrinas”.

Una de las obras de Ionesco de mayor éxito es *El rinoceronte*, que describe la lucha del individuo contra la mayoría y la defensa del alma única e irremplazable ante la “masificación” o el “adoctrinamiento”: los hombres en rebaño viven igual, piensan igual, comen igual, se visten igual y aspiran a lo mismo. “Me parece más valioso —explicó entonces Ionesco— que el hombre encuentre solo y por sí mismo sus soluciones que la ideología implantada en la masa que le impide pensar”.

Antes de despedirme, no sé por qué le conté que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) en México tenía años en el poder; Ionesco confirmó:

—Tenga usted la seguridad de que es reaccionario o dictatorial. ¡Una de dos! ¡Que un partido se diga revolucionario, no significa que lo sea! Muchos de los revolucionarios que se dicen de izquierda ya no son ni revolucionarios ni de izquierda. Son simplemente reaccionarios, puesto que los han aprisionado unos mitos fijos. Pero ya no hablemos de esto... Yo soy un hombre solo y sus preguntas me hacen sentir un poco más solo...

Eugène Ionesco murió en París el 28 de marzo de 1994 y dejó un vacío más grande que un rinoceronte. Sus obras, consideradas joyas del “teatro del absurdo”, son una verdadera lección para nuestra sociedad, apenas salida de un siglo xx caracterizado por la presión de las masas. Parece mentira que en pleno siglo xxi la “rinocerontitis” siga siendo la enfermedad de muchos y al que piensa diferente lo veamos como el enemigo a vencer. Hoy que los jóvenes se dejan llevar por las marcas en boga y si no consiguen los tenis anhelados se sienten excluidos, *El rinoceronte* de Ionesco es una lección para todo aquel que valore la libertad del individuo sobre todas las cosas. **U**